

conessioniprecarie.org

del 27N al 8 de marzo

la marea silenciosa e imparable

versión original en italiano en:

conessioniprecarie.org/2021/11/11/la-silenziosa-inarrestabile-marea-il-nostro-femminismo-alla-prova-del-27-novembre

Hace cinco años se lanzó la primera huelga feminista transnacional. Fue el detonante de un proceso de politización que cambió irreversiblemente las expectativas de millones de mujeres y de personas LGBTQ+, que hicieron de la lucha contra la violencia masculina un proyecto común de subversión social. Hoy, camino de la movilización transnacional del 27 de noviembre contra la violencia masculina contra las mujeres, apostamos a que esas expectativas siguen vivas y a que bullen bajo el polvo desolador de la realidad actual.

Quienes han avivado las luchas feministas han sido puestas por la pandemia bajo la presión de una compulsión social muy dura que afecta el trabajo productivo y reproductivo, asalariado o no. A lo largo de las cadenas transnacionales de trabajos y cuidados, en los servicios esenciales, en los hogares, las fábricas y las escuelas, las mujeres están esforzándose y luchan por no ser despedidas, por no caer en la pobreza, por no perder su permiso de residencia, por no verse obligadas a bajar su cabeza frente al acoso sexual diario.

La violencia masculina ha aumentado en todas partes. En Italia, casi un centenar de mujeres han sido asesinadas por un hombre desde principios de 2021. Los episodios de violencia contra las personas LGBTQ+ se han multiplicado y el postergamiento del proyecto de ley Zan [contra la homotransfobia] ha dado legitimidad institucional a esa violencia. La urgencia de la movilización lanzada en Italia por Non Una di Meno es clara. La movilización del 27 de noviembre -convocada por una gran asamblea nacional en Bolonia en conexión con la Marcha por la Libertad Trans del 20 de noviembre- debe ofrecer la fuerza de un gran cuerpo colectivo a toda mujer que no acepte vivir bajo la constante amenaza de la violencia masculina, a toda trabajadora que quiera gritar su rechazo a la explotación doméstica y salarial, a toda migrante que no soporte ser secuestrada por su marido o por el patrón de quien dependen sus documentos, a quien pretenda ejercer su libertad sexual sin ser criminalizada y castigada.

Aunque desde algún tiempo el movimiento no se ha expresado con las enormes movilizaciones transnacionales que han dotado a la marea de su fuerza masiva, sabemos que la marea no es solo una marejada continua y tempestuosa, sino que también existe cuando retrocede. La marea vive en cada lucha singular y en las movilizaciones que pese a todo siguen llenándose, como la que en Polonia reclama la libertad de abortar para no morir por una maternidad impuesta por la ley. Y así debemos mantener vivo el horizonte de la huelga feminista y transfeminista alimentando la expectativa y la pretensión que ha generado para frenar la reproducción patriarcal y racista de la sociedad neoliberal.

Este camino se hace hoy menos accesible por los efectos sociales de la pandemia, que ha complicado las condiciones de vida y de trabajo y por tanto también la posibilidad de organizarse. El problema, sin embargo, también concierne a los discursos e hipótesis políticas con las que nos medimos en esta situación. Hemos tenido que soportar durante demasiado tiempo la visibilidad del feminismo transexclusivo que ha cobrado protagonismo en Italia en torno al debate sobre el proyecto de ley Zan, con sus inaceptables alianzas internacionales con las políticas de la derecha reaccionaria, presentadas por esta como políticas anti-gender [en España, contra una supuesta "ideología de género"].

Hoy es fundamental un discurso feminista capaz de construir conexiones políticas contra el orden social patriarcal, y por eso no hay nada feminista en un discurso que para proteger la diferencia sexual de un asedio imaginario acabe justificando la violencia contra las personas LGBTQ+. No es feminismo si ignora a multitud de sujetos que quieren practicar la libertad sexual sin sufrir golpes, insultos o burlas. No es feminismo si niega que esa libertad hoy no es un hecho privado, sino una demanda pública y colectiva contra el mando patriarcal que quisiera asignar a cada sexo cuales serían sus roles y comportamientos de

género legítimos. No es feminismo si anula la fuerza antiautoritaria de la libertad sexual. La posición transexclusiva de una minoría sectaria perjudica a las mujeres, porque las identifica con las funciones procreadoras que el patriarcado les impone como destino.

Sin embargo, no se contrarresta esta posición diciendo que la heterosexualidad es un privilegio para todas las mujeres o que reconocerse como mujer es un signo de aceptación de los comportamientos y roles de género impuestos por la dominación masculina. El hecho de ser heterosexual o cisgénero [esto es, persona que se identifica con el sexo asignado] no convierte en privilegiada a una mujer migrante que atraviesa fronteras para escapar de la pobreza y de la violencia masculina, ni a una precaria que llega a fin de mes con unos pocos euros la hora. No se puede decir que una trabajadora que solo hace huelga en los turnos de trabajo que le permiten cuidar a su hija obedece al orden patriarcal solo porque haya elegido ser madre. Para preservar al feminismo del dominio de radicales posiciones transexcluyentes es preciso rechazar también los conflictos de identidad y la tentación de trazar jerarquías entre las diversas formas de privilegio y opresión. Eso significa afirmar una diferencia política que no expresa una identidad y que por tanto no excluye, sino que produce conexiones para una coalición contra el orden patriarcal de la sociedad. Para mantener vivo el proceso de comunicación política desencadenado por la huelga feminista y transfeminista es necesario reafirmar que la lucha contra la violencia masculina debe atacar simultáneamente las condiciones sociales en las que se ejerce y se impugna esa violencia.

Rechazar las contraposiciones identitarias es fundamental, ya que se están convirtiendo en un instrumento del gobierno patriarcal de la reconstrucción pospandémica. De Texas a Hungría, de Turquía a Italia, las políticas anti-gender ["contra la ideología de género", dicen en España] se unen a las políticas anti-aborto con el objetivo de res-

tablecer el "orden natural" de las relaciones sociales protegiéndolas de cualquier contención.

Sin embargo, sería un error pensar en poder organizar la iniciativa política imaginando que estamos ante un homogéneo ataque represivo ultraconservador. El ataque reaccionario a la libertad del aborto en Texas tiene lugar en el contexto de un mandato presidencial 'progresista' y en presencia de un gobierno federal integrado por personas de diferentes orientaciones sexuales, géneros y etnias a las que se exige seguir aplicando, con la legitimación conferida por la identidad, las políticas neoliberales de distribución del gasto público y de control de fronteras.

Hungría es parte de una Unión Europea que hace de la igualdad de género su bandera y se declara amiga de las personas LGBTQ+, y que reprocha duramente a sus estados del Este sus políticas represivas, pero que se callan cuando esos mismos estados sirven para contener los movimientos de migrantes. La criminalización de las personas LGBTQ+ en Europa del Este, justificada como protección de las mujeres como esposas y madres, busca presentar a la familia como el único canal legítimo de acceso a servicios y beneficios mínimos. Por el contrario, las políticas neoliberales de cuotas no se refieren solo a una representación política organizada por categorías -y como tal refractaria a cualquier hipótesis de intersección política- sino también a la distribución de porciones miserables del bienestar destinadas a grupos sociales específicos codificados como 'minorías'. En todos los casos se refuerza la división sexual del trabajo que es desafiada por las mujeres, las obreras, las precarias y las migrantes que cuestionan a diario la organización racista y sexista de la explotación. En los frentes reaccionarios y 'progresistas' nos enfrentamos a una formalización jurídica o a una criminalización de posiciones y comportamientos por medio de una 'identidad' que permite la represión o gobernanza de la libertad sexual y la administración

del acceso a los beneficios sociales a través de la fragmentación.

Avanzar políticamente dentro de este horizonte significa, por tanto, contrarrestar la fragmentación producida por las políticas de identidad reafirmando la capacidad de conectar diferentes posiciones a partir del rechazo a la violencia masculina, como sucedió durante la movilización transnacional lanzada el 1 de julio por la red EAST [Essential Autonomous Struggles Transnational].

Tiene lugar un juego delicado en este terreno, porque es evidente que serán ineludibles las batallas por los derechos, por conquistar cuotas de riqueza social, por obtener protecciones frente a la precariedad intensificada por la pandemia o recursos para apoyar las salidas de la violencia. Es necesario ampliar estas batallas, sin sofocar la imaginación política reduciendo el horizonte del movimiento al nivel de la mediación institucional. El reconocimiento de derechos no agota los reclamos subjetivos que ha puesto en marcha la huelga feminista y transfeminista. La misma lucha para apoyar el proyecto de ley Zan en Italia fue más allá del proyecto de ley, porque, junto con la demanda de medidas inmediatas para detener la violencia contra las personas LGBTQ+, expresó la urgencia de afirmar inequívocamente la ilegitimidad de esa violencia como práctica punitiva contra quienes no se ajustan al orden social de géneros que el patriarcado intenta imponer sobre la base del sexo. Esta aspiración antagonista debe ser apoyada en todos los sentidos para mantener abierto un proceso político capaz de sintonizar con el enfado de millones de mujeres que, con el desbloqueo de los despidos, corren el riesgo de ser rechazadas a lo privado por ser mujeres, madres o esposas a las que se atribuye 'naturalmente' estar a cargo de los cuidados y por ello se considera que no están lo suficientemente disponibles para ser explotadas a tiempo completo. Un proceso capaz de crear las condiciones de visibilidad política para cientos de miles de migrantes

empleadas en los cuidados, la limpieza y el saneamiento o en la agricultura, y que cada día luchan contra el aislamiento y el silencio que impone la coacción del permiso de residencia; capaz de amplificar la fuerza antiautoritaria de la que están cargadas las batallas por la libertad sexual, con su cuestionamiento de la familia, de la división sexual del trabajo y de la jerarquía patriarcal de géneros, como terreno de unión entre las mujeres y las personas LGBTQ+. Todo esto es más que nunca necesario para desafiar el autoritarismo que sustenta la planificación racista y patriarcal de la reconstrucción pospandémica, para producir alianzas capaces de dar fuerza a cada lucha particular sin que se agoten en su identidad particular.

Para hacer esto, debemos continuar obstinadamente practicando la perspectiva transnacional que ha alimentado la marea en los últimos años. No existe una práctica de lucha alternativa más avanzada que pudiera aplicarse como modelo universalmente válido, al modo de un vanguardismo que imagina correr hacia adelante mientras deja a millones de mujeres en la antesala de la historia.

En este momento en Afganistán es un riesgo mortal practicar y mostrar públicamente cualquier forma de libertad sexual que desafíe el imperativo de reproducir una especie obediente. A medida que se gestionan los recursos del Plan de Recuperación para dar paso a un nuevo régimen de acumulación ecológica de capital, las jerarquías nacionales y sexuadas de salarios y bienestar se reconfiguran y alimentarán las invisibles cadenas transnacionales de valor y de los cuidados. Cientos de miles de migrantes avanzan a lo largo de las fronteras este y sur de Europa, donde las violaciones y la violencia siguen siendo prácticas habituales que se oponen a su libertad de movimiento.

El mensaje de esta violencia masculina y racista no puede ser confinado dentro de determinados límites, porque consiste en un mandato patriarcal global de sumisión.

Este imperativo de sometimiento es la condición material y simbólicamente imprescindible para la reproducción de una autoridad que pretende ser indiscutible para todos y cada uno. Para desafiar esta autoridad es necesario combatirla allá donde está situada, poniendo en el centro la lucha contra la violencia masculina como una necesidad ineludible de nuestra libertad.

No podemos decir hoy si la marea feminista y transfeminista se expresará el 8 de marzo por medio de la marejada de una gran huelga transnacional. Pero el 8 de marzo no será un rito si, desde el 27 de noviembre en adelante, con el impulso de la asamblea de "Ni una menos", logramos mantener abierto el proceso de huelga reuniendo las muchísimas voces contra la violencia patriarcal en un solo y colectivo grito de rebelión.